

EXPOSICIÓN / JORGE FUEMBUENA / 'A TRAVÉS DEL RETRATO' (4/6)



John Malkovich, 2017. © Festival de San Sebastián

DANIEL GASCÓN

La emoción de la transparencia

La privación es para mí como los narcisos para Wordsworth”, dijo Philip Larkin, que habría cumplido 100 años este mes de agosto. Para muchos fue el poeta más importante de la Gran Bretaña de posguerra. Ejerce una rara fascinación en otros escritores: ayudó a su amigo Kingsley Amis en la redacción de *La suerte de Jim*, Martin Amis ha observado que sus poemas “se leen como relatos destilados”, Andrew Motion escribió una biografía suya, Clive James dedicó décadas de estudio a esos versos “que no sonaban para nada como poesía / y que sin embargo eran exactamente eso”.

Novelista —Impedimenta ha publicado *Jill, Una chica en invierno* y el divertimento juvenil *Enredo en Willow Gables*—, bibliotecario en la Universidad de Hull durante décadas, crítico de jazz, a veces su poesía, que sale reunida en Lumen en

septiembre, tiene el aire triste de un día inglés: blanco como arcilla, sin sol. Su realismo, ha escrito Johnny Lyons, se compone de escepticismo, sinceridad, humor, ambivalencia y coraje. En una carta describió las relaciones sexuales como “pedir a otra persona que te suene la nariz”, y algunos de sus versos muestran una visión dispéptica: “Te joden la vida, tu madre y tu padre”, dice en *This be the verse*, y recomienda “Sal lo antes que puedas, / y no tengas hijos”. Cultivaba una imagen deliberadamente poco atractiva; rehuía el matrimonio (para disgusto de su compañera durante décadas, Monica Jones); su reputación sufrió tras su muerte por comentarios racistas y reaccionarios en algunas cartas y por una heroica afición a la pornografía. Lo lees y quieres llevar sus versos contigo.

En unas líneas en *Albada* habla del miedo a la muerte, describe el

paso del tiempo y el vacío, refuta los consuelos de la religión o la filosofía, señala la indiferencia ciega de la muerte, y muestra una determinación íntima y resignada mientras traza un movimiento que abarca la ciudad o la humanidad entera, con “médicos [que] como carteros van de casa en casa”. Describe las ilusiones generacionales, la transformación del paisaje, una especie de desasosiego y futilidad que a veces casi se salva por un momento de atención o incluso de amor.

Su mirada implacable, lúcida y precisa y su extraordinaria capacidad de evocación y síntesis tienen algo que te eleva: la emoción de la transparencia, donde “más que palabras te viene la idea de ventanas altas: / el cristal que abarca el sol, / y más allá, el cielo profundamente azul, que no muestra / nada, y no está en ninguna parte, y es infinito”. @gascondaniel

ANATOMÍA DE TWITTER
CARMELA RÍOS

Esclavos de la actualidad

Vivimos en la era de la indigestión informativa. Somos incapaces de procesar el tsunami de noticias que nos llega por un sinfín de canales diferentes e impacta en el teléfono móvil que llevamos con nosotros día y noche. Si a ello añadimos la confluencia de acontecimientos extraordinarios e inquietantes con la que sobrevivimos este verano: crisis energética, inflación, olas de calor y pavorosos incendios, lo que afrontamos no es solo un empacho de actualidad, sino un serio desafío a nuestro equilibrio emocional. Exponernos a este festival de malas noticias nos hace, básicamente, más infelices. Hemos dado por bueno este modelo de consumo de información y quizás ha llegado el momento de una pequeña reflexión al respecto.

Las redes sociales han desempeñado un papel fundamental en la consolidación de este modelo del frenesí informativo. Según datos proporcionados por el Reuters Institute en su informe *2022 Digital News Report*, “el 56% de los españoles se informa principalmente a través de sus cuentas de Facebook, WhatsApp, Twitter y YouTube”. Eso significa que, sin intervención por nuestra parte, podemos recibir información (o desinformación) las 24 horas del día. Y tenemos la opción de convertirnos en sujetos activos de ese proceso cuando comentamos la noticia, la compartimos con los grupos de amigos o damos al botón de “me gusta”. Y esto es, exactamente, lo que se espera de nosotros: una respuesta alimentada desde la emoción a falta de tiempo para dar una pensada a lo que acabamos de ver o leer.

El filósofo coreano Byung-Chul Han ha analizado en un somero e instructivo ensayo, *Infocracia* (Taurus, 2022), los rudimentos y consecuen-

Hemos dado por bueno un modelo de consumo frenético de información. Quizá haya que reflexionar sobre él

cias de este engranaje en el que, a su modo de ver, nos vamos dejando grandes dosis de libertad individual y colectiva.

Escribe Han que “la crisis de la democracia empieza en el plano cognitivo. La información tiene un intervalo de actualidad muy reducido. Carece de estabilidad temporal porque vive del atractivo de la sorpresa. Debido a su inestabilidad temporal, fragmenta la percepción. Arrastra la realidad a un permanente torbellino de actualidad. Es imposible detenerse en la información. Esto deja al sistema cognitivo en estado de inquietud. La necesidad de aceleración inherente a la información reprime las prácticas cognitivas que consumen tiempo, como el saber, la experiencia y el conocimiento”.

En la era de la infodemia y las redes sociales no pensamos porque no nos da tiempo, tan solo reaccionamos. Nuestras cuentas acaban convertidas en sumideros de información servida por el algoritmo en función de nuestras preferencias y sesgos ideológicos. Una atalaya individual y personalizada porque, en las redes sociales, no hay dos cuentas iguales. Ese aislamiento es un peligro para los individuos aunque ellos no se den cuenta. Byung-Chul Han afirma que “la gente no está vigilada sino entretenida. No está reprimida sino que se vuelve adicta”.

Si estamos peor informados y somos más infelices cuando no podemos evitar consultar el móvil a todas horas, quizás convendría cambiar algo en estas rutinas. Adaptar a la era digital algunos de los buenos hábitos del pasado cuando la información era finita y accesible solo a ciertas horas. Racionar la información y limitar los momentos del día para informarnos. Y, mientras tanto, cerrar las redes. O apagar el móvil.